

# EL ALFARERO Y LA ARCILLA

## Sermón No.13

Traducción, estudialapalabra.org

***“Palabra de Jehová que vino a Jeremías, diciendo, Levántate y vete a casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras. Y descendí a casa del alfarero, y he aquí que él trabajaba sobre la rueda. Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en su mano; y volvió y la hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla. Entonces vino a mí palabra de Jehová, diciendo, ¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel? dice Jehová. He aquí que, como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel”***  
***Jeremías 18,1-6***

Muchas veces y de diversas maneras Dios se complació en hablar a nuestros padres por los profetas, antes de hablarnos en estos postreros días por medio de su Hijo. A Elías, se le reveló a sí mismo por medio de una pequeña voz apacible, a Jacob, por un sueño, a Moisés, le habló cara a cara. A veces se complacía en enviar a un profeta elegido con alguna misión especial; y mientras estaba así ocupado, se dignó darle un mensaje particular, que se le ordenó entregar sin reservas a todos los habitantes de la tierra. Un ejemplo muy instructivo de este tipo lo hemos registrado en el pasaje que ahora les leo.

El primer versículo nos informa que fue una palabra, o mensaje, que vino inmediatamente del Señor al profeta Jeremías. En qué momento, o cómo se empleó el profeta cuando llegó, no se nos dice. Tal vez, mientras oraba por aquellos que no oraban por sí mismos. Tal vez, cerca de la mañana, cuando dormitaba o meditaba en su cama. Porque le vino la palabra, diciendo, Levántate. ¿Y qué debe hacer cuando se levante? Debe “bajar a la casa del alfarero” (el profeta sabía dónde encontrarla) “y allí (dice el gran Jehová) te haré oír mis palabras”.

Jeremías no consulta con carne y sangre, no objeta que estaba oscuro o frío, ni desea que su mensaje le fuera dado allí, pero sin la menor vacilación es inmediatamente obediente a la visión celestial. “Entonces (dice él) descendí a la casa del alfarero, y he aquí que él trabajaba sobre la rueda”. Justo cuando estaba entrando en la casa o taller, el alfarero, al parecer, tenía una vasija sobre su rueda. ¿Y había algo tan extraordinario en esto, que debería ser introducido con la frase, “He aquí”? ¿Qué soñador visionario, o supersticioso entusiasta, sería considerado este Jeremías, incluso por muchos que leen sus profecías con aparente respeto, si estuviera vivo ahora? Pero esta no era la primera vez que Jeremías escuchaba del cielo de esta manera.

Por lo tanto, obedeció de buena gana; y si tú o yo lo hubiéramos acompañado a la casa del alfarero, creo que lo hubiéramos visto en silencio, pero esperando intensamente a su gran y sabio Comandante, para saber por qué lo envió allí. Creo que le veo toda la atención. Se da cuenta de que "la vasija era de barro"; pero como lo sostuvo en su mano y giró la rueda para darle una forma particular, "se estropeó en las manos del alfarero" y, en consecuencia, no era apto para el uso que antes tenía la intención de darle. ¿Y qué pasa con este vaso estropeado? Estando así estropeado, supongo, el alfarero, sin la menor imputación de injusticia, podría haberlo tirado a un lado y tomado otro pedazo de arcilla en su lugar. Pero él no lo hizo. "Él lo hizo de nuevo otro vaso". ¿Y convoca el alfarero a un consejo de sus criados para preguntarles qué tipo de vasija le aconsejarían hacer con ella? No, de ninguna manera. "Hizo de nuevo otro vaso, como le pareció bien al alfarero hacerlo".

"Entonces", agrega Jeremías, mientras estaba en el camino del deber, entonces, mientras clamaba mentalmente, Señor, ¿qué quieres que haga? "Entonces vino a mí la palabra del Señor, diciendo, "Oh casa de Israel, ¿no puedo hacer con vosotros como este alfarero?" dice el Señor. "He aquí, como el barro está en las manos del alfarero (estropeado e inadecuado para el primer propósito diseñado), así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel". Al final, entonces, Jeremías tiene su sermón para él, corto, pero popular. Debía ser entregado a toda la casa de Israel, príncipes, sacerdotes y pueblo: corto, pero punzante, incluso más cortante que una espada de dos filos. ¡Qué! dice el soberano Señor del cielo y de la tierra, ¿se me debe negar el privilegio de un alfarero común? ¿no puedo hacer lo que quiero con lo mío? "Mirad, como el barro en las manos del alfarero, así sois vosotros en las mías, oh casa de Israel. Yo te hice y te formé por pueblo, y te bendije más que a todas las naciones debajo del cielo; más tú, oh Israel, con tus rebeliones te has destruido a ti mismo". Así como el alfarero podría haber tirado a un lado su barro estropeado, así yo puedo justamente deshacerme de la iglesia y despoblarlos. Pero, ¿qué pasaría si yo venciera los montes de vuestra culpa, sanare vuestras rebeliones, reavivara mi obra en medio de los años, y aumentara en gran manera vuestro fin postrero? "He aquí, como el barro está en las manos del alfarero, a su disposición, ya sea para ser destruido o moldeado en otro vaso, así estáis vosotros en mis manos, oh casa de Israel, puedo rechazaros y por lo tanto arruinaros, o puedo volver a visitarte y revivirte de acuerdo con mi soberana buena voluntad y placer, y ¿quién me dirá, qué haces?"

Esta parece ser la interpretación genuina y la intención principal de esta hermosa parte de las Sagradas Escrituras. Pero prescindiendo de toda investigación adicional acerca de su diseño o significado primario, procederé ahora a mostrar que lo que el glorioso Jehová dice aquí de la casa de Israel en general, es aplicable a cada individuo de la humanidad en particular. Y como supongo que esto se puede hacer, ya sea sin descifrar las Escrituras, por un lado, o luchar contra su significado original por el otro, para no demorarlos más, del pasaje así explicado y parafraseado, deduciré, y me esforzaré por ampliar estos dos puntos generales.

Primero, me propongo probar que todo hombre engendrado naturalmente de la descendencia de Adán, está a la vista del Dios que todo lo ve y escudriña el corazón, solo como un "pedazo de barro estropeado".

En segundo lugar, que, siendo así estropeado, necesariamente debe ser renovado, y bajo este encabezado, señalaremos también por medio de quién se llevará a cabo este gran cambio.

Habiendo discutido estos detalles, naturalmente se dará paso a unas breves palabras de aplicación.

**1.** Primero, para probar que todo hombre engendrado naturalmente de la descendencia de Adán, es a la vista de un Dios que todo lo ve y que escudriña el corazón, sólo como un pedazo de arcilla estropeada.

Alégrese al observar que decimos que todo hombre engendrado naturalmente de la descendencia de Adán, o todo hombre desde la caída, porque si consideramos al hombre tal como salió de las manos de su Hacedor, estaba lejos de estar en tales circunstancias tristes. Aún más, originalmente fue recto; o como Moisés, ese escritor sagrado, declara, "Dios lo hizo a su propia imagen". Seguramente nunca se expresó tanto en tan pocas palabras; lo que a menudo me ha hecho preguntarme cómo ese gran crítico Longinos, que tan justamente admira la dignidad y la grandeza del relato de Moisés sobre la creación, y "Dios dijo, hágase la luz, y la luz se hizo"; digo que a menudo me he preguntado por qué no siguió leyendo un poco más, y otorgó como un simple elogio [elogio, aprobación, aclamación] a esta breve, pero al mismo tiempo inexpresablemente augusta [noble, elegante, soberbia] y completa descripción de la formación de hombre, "así que Dios creó al hombre a su propia imagen". Golpeado por un profundo sentido de tan asombrosa bondad, y para poder imprimir un sentido aún más profundo de ello también en nuestras mentes, inmediatamente agrega, "a imagen de Dios lo hizo". Se convocó un concilio de la muy adorada Trinidad en esta importante ocasión, Dios no dijo, Sea un hombre, y hubo un hombre, sino que Dios dijo, "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza". Este es el relato que los vívidos oráculos de Dios nos dan del hombre en su primer estado; pero es muy notable, que la transición de la cuenta de su creación a la de su miseria, es muy rápida, ¿y por qué? Por una muy buena razón, porque pronto cayó de su dignidad primigenia; y por esa caída, la imagen divina está tan desfigurada, que ahora debe ser valorado solo como los anticuarios valoran una medalla antigua, simplemente por el bien de la imagen y la inscripción una vez estampada en ella; o de una segunda impresión divina, que, por gracia, puede recibir todavía.

Echemos un vistazo más particular a él, y veamos si estas cosas son así o no, y primero, en cuanto a su entendimiento.

Como el hombre fue creado originalmente "según Dios en conocimiento", así como en justicia y verdadera santidad, podemos inferir racionalmente que su entendimiento, con respecto a las cosas naturales, así como a las divinas, fue de una extensión prodigiosa, porque fue creado solo un poco inferior a los ángeles, y por consiguiente siendo como ellos, excelente en su entendimiento, sabía mucho de Dios, de sí mismo, y todo acerca de él; y en esto, así como en todos los demás aspectos, fue, como lo expresa el Sr. Golter en uno de sus ensayos, una especialización perfecta, pero este está lejos de ser nuestro caso ahora. Porque en cuanto a las cosas naturales, nuestro entendimiento está evidentemente entenebrecido. Es poco lo que podemos saber, y aun ese poco conocimiento que podemos adquirir, es con mucho cansancio de la carne, y estamos condenados a ganarlo como hacemos nuestro pan de cada día, quiero decir con el sudor de nuestra frente.

Los hombres de mentes bajas y estrechas pronto comienzan a ser sabios en sus propios conceptos, y habiendo adquirido un poco de conocimiento de los idiomas eruditos, y alcanzado cierta pericia en las ciencias áridas, son fácilmente tentados a verse a sí mismos como una cabeza más altos que sus compañeros mortales, y en consecuencia también, con demasiada frecuencia pronunció grandes palabras hinchadas de vanidad. Pero las personas de un alcance de pensamiento más elevado y extenso, no se atreven a jactarse. No. Saben que los más grandes eruditos están en la oscuridad, incluso con respecto a muchas de las cosas más insignificantes de la vida, y después de todas sus dolorosas investigaciones en los Arcana Natura, encuentran un vacío tan inmenso, una extensión tan inconmensurable aún por ser transitada, que se ven obligados finalmente a concluir, casi con respecto a todo, "que todavía no saben nada como deberían saber". Esta consideración, sin duda, llevó a Sócrates, cuando uno de sus eruditos le preguntó por qué el oráculo lo declaró el hombre más sabio de la tierra, a darle esta sensata respuesta, "Quizás es porque soy más consciente de mí propia ignorancia" ¡Quiera Dios que todos los que se llaman cristianos hayan aprendido tanto como este pagano! Entonces ya no deberíamos escuchar a tantos hombres eruditos, falsamente llamados, traicionar su ignorancia al jactarse de la extensión de su comprensión superficial, ni al profesarse tan sabios, probándose a sí mismos como unos necios pedantes arrogantes.

Si consideramos nuestro entendimiento con respecto a las cosas espirituales, encontraremos que no solo se oscurecen, sino que se vuelven tinieblas mismas, incluso "tinieblas que pueden sentir" todos los que no han dejado de sentir. Y como no puede ser de otra manera, ya que la palabra infalible de Dios nos asegura que están alejados de la luz de la vida de Dios, y por lo tanto naturalmente tan incapaces de juzgar de las cosas divinas y espirituales, comparativamente hablando, como lo es un ciego de nacimiento. incapaz de distinguir los diversos colores del arco iris. "El hombre natural (dice sobre el apóstol inspirado) no discierne las cosas que son del Espíritu de Dios;" tan lejos de eso, "son locura para él"; ¿y por qué? Porque solo deben ser "discernidos espiritualmente".

Por eso fue que Nicodemo, quien fue bendecido con una revelación externa y divina, quien era un gobernante de los judíos, más aún, un maestro de Israel, cuando nuestro Señor le dijo, "él debe nacer de nuevo"; parecía estar bastante confrontado. "¿Cómo (dice él) puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Puede entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer? ¿Cómo pueden ser estas cosas? ¿Había propuesto alguna vez tres preguntas más absurdas el hombre más ignorante del mundo? ¿O puede haber una prueba más clara de la ceguera del entendimiento del hombre, con respecto a las cosas divinas, así como a las naturales? ¿No es entonces el hombre un trozo de barro estropeado?"

Esto aparecerá aún más evidente, si consideramos la inclinación perversa de su voluntad. Siendo hecho a la misma imagen de Dios; indudablemente antes de la caída, el hombre no tenía otra voluntad que la de su Hacedor. La voluntad de Dios y la de Adán eran como unísonos en la música. No hubo la menor desunión o discordia entre ellos. Pero ahora tiene una voluntad, tan directamente contraria a la voluntad de Dios, como la luz es contraria a las tinieblas, o el cielo al infierno. Todos traemos al mundo con nosotros una mente carnal, que no solo es enemiga de Dios, sino "la enemistad misma, y que, por tanto, no está sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede estarlo". Muchos muestran mucho celo al hablar contra el hombre de pecado, y en voz alta (y de hecho muy justamente) exclaman contra el Papa por sentarse en el templo, me refiero a la iglesia de Cristo, y "exaltarse a sí mismo sobre todo lo que se llama Dios". Pero no digas dentro de ti mismo, ¿quién irá a Roma para derribar a este anticristo espiritual? Como si no hubiera anticristo aparte de nosotros. Pues conoce, oh hombre, quienquiera que seas, un anticristo infinitamente más peligroso, aunque menos discernido, es incluso la propia voluntad que cabe diariamente en el templo de tu corazón, exaltándose, sobre todo lo que se llama Dios, y obligando a todos sus devotos a decir a Cristo mismo, ese Príncipe de paz, "no queremos que este reine sobre nosotros". El pueblo de Dios, cuyos sentidos espirituales están ejercitados acerca de las cosas espirituales, y cuyos ojos están abiertos para ver las abominaciones que hay en sus corazones, frecuentemente sienten esto para su pesar. Lo quieran o no, esta enemistad brota de vez en cuando y, a pesar de toda su vigilancia y cuidado, cuando están bajo la presión de alguna aflicción aguda, una larga deserción o una tediosa noche de tentación, a menudo encuentran algo adentro, levantándose en rebelión contra las sabias disposiciones de la divina Providencia, y diciendo a Dios su Padre celestial, "¿Qué haces?" Esto los hace exclamar (y no es de extrañar, ya que uno de los más grandes santos y apóstoles se vio obligado a introducir primero la expresión) "Miserable de mí, ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?" El alma espiritual y renovada gime así, agobiada; pero en cuanto al hombre natural y no despierto, no es así con él; la voluntad propia, así como cualquier otro mal, ya sea de una manera más latente o discernible, reina en su alma no renovada, y le prueba, aun demostrándolo a otros, si él mismo lo sabe, o lo confesará o no, que, en cuanto a los desórdenes de su voluntad, así como de su entendimiento, el hombre es sólo un trozo de barro estropeado.

Una visión transitoria de los afectos del hombre caído corroborará aún más firmemente esta triste verdad. Éstos, al ser colocados por primera vez en el paraíso de Dios, siempre se mantuvieron dentro de los límites apropiados, fijados en sus objetivos apropiados y, como tantos ríos mansos, dulce, espontánea y habitualmente se deslizaron en el océano de Dios. Pero ahora el escenario ha cambiado, porque no estamos naturalmente llenos de afectos viles, que como un torrente poderoso e impetuoso lo arrastran todo por delante. Amamos lo que debemos odiar y odiamos lo que debemos amar; tememos lo que debemos esperar y esperamos lo que debemos temer; es más, a tal altura ingobernable se elevan a veces nuestros afectos, que, aunque nuestros juicios estén convencidos de lo contrario, gratificaremos nuestras pasiones, aunque sea a expensas de nuestro presente y eterno bienestar. Sentimos una guerra de nuestros afectos, en guerra contra la ley de nuestra mente, y llevándonos cautivos a la ley del pecado y de la muerte. Entonces ese "video meliora proboque, deteriora foquor" [frase en latín]. Apruebo las cosas mejores, pero sigo las peores, es también, con demasiada frecuencia, la práctica de todos nosotros.

Soy consciente de que muchos se ofenden cuando se compara a la humanidad con bestias y demonios. Y podrían tener alguna sombra de razón de estarlo, si afirmáramos en un sentido físico, que eran realmente bestias y realmente demonios. Porque entonces, como oí una vez a un prelado muy erudito, que objetaba contra esta comparación, observar, "el hombre, siendo bestia, sería incapaz, y siendo diablo, estaría bajo la imposibilidad de salvarse". Pero cuando hacemos uso de comparaciones tan chocantes, como él se complacía en llamarlas, seríamos entendidos sólo en un sentido moral; y al hacerlo, no afirmamos más de lo que algunos de los más santos hombres de Dios han dicho de sí mismos, y de otros, en los vivos oráculos de hace muchas edades. El santo David, el hombre conforme al corazón de Dios, hablando de sí mismo, dice, "tan necio era yo, y como una bestia delante de ti". Y el santo Job, hablando del hombre en general, dice que "nace como el pollino de un asno montés", o quitad la palabrota, que como algunos piensan que se debe hacer, y luego afirma positivamente que el hombre es un potro salvaje, un potro de asno. Y lo que dice nuestro Señor, "Vosotros sois de vuestro padre el diablo"; y "se dice que el mundo entero está en él, el inicuo, que ahora gobierna en los hijos de desobediencia", es decir, en todas las almas no renovadas. Nuestra estupidez, la propensión a fijar nuestros afectos en las cosas de la tierra, y nuestro afán por hacer provisión para la carne, para satisfacer sus deseos, ¡evidencia de que somos terrenales y brutos!; y nuestras pasiones mentales, la ira, el odio, la malicia, la envidia y cosas por el estilo, prueban con igual fuerza que también somos diabólicos. Ambos juntos conspiran para evidenciar que, con respecto a sus afectos, así como a su entendimiento y voluntad, el hombre merece ser llamado un pedazo de barro estropeado.

La actual ceguera de la conciencia natural hace que esto aparezca bajo una luz aún más deslumbrante; en el alma del primer hombre Adán, la conciencia era sin duda la vela del Señor, y le permitía discernir justa e instantáneamente entre el bien y el mal. Y, ¡bendito sea Dios! aún quedan algunos restos de esto; pero, ¡ay!, cuán débilmente arde, y cuán fácil y rápidamente se cubre, o se apaga y se extingue. No necesito enviarte al mundo pagano, para aprender la verdad de esto; todos ustedes lo saben por experiencia. Si no hubiera otra evidencia, vuestras propias conciencias son en lugar de mil testigos, que el hombre, en cuanto a su conciencia natural, así como entendimiento, voluntad y afectos, es mucho barro estropeado.

Tampoco esa gran y jactanciosa Diana, me refiero a la razón no ilustrada sin ayuda, demuestra menos la justicia de tal afirmación. Lejos de mí el lamentar o exclamar contra la razón humana. Cristo mismo es llamado el "Logos, la Razón"; y creo que no requeriría mucho aprendizaje, ni tomaría mucho tiempo probar, que en la medida en que actuamos de acuerdo con las leyes de Cristo Jesús, estamos de alguna manera en conformidad a las leyes de la razón correcta. Por lo tanto, su servicio se llama "un servicio razonable". Y, sin embargo, sus sirvientes y seguidores ahora pueden ser vistos como tontos y locos; sin embargo, llegará un momento en que aquellos que desprecian y se proponen oponerse a la revelación divina, encontrarán que lo que ahora llaman razón, es sólo una razón depravada, y completamente incapaz, por sí misma, de guiarnos por el camino de la paz, o mostrar el camino de la salvación, como los hombres de Sodoma iban a encontrar la puerta de Lot después de ser cegados por los ángeles, que vinieron a sacarlo de la ciudad. Los horribles y espantosos errores con los que tropezaron los más refinados razonadores del mundo pagano, tanto en cuanto al objeto como a la forma del culto divino, han demostrado suficientemente la debilidad y depravación de la razón humana, ni nuestros jactanciosos modernos nos permiten ninguna mejor prueba de la grandeza de su fuerza, ya que la mejor mejora que generalmente hacen de ella, es solo razonar ellos mismos en una infidelidad francamente voluntaria, y así razonar ellos mismos fuera de la salvación eterna. ¿Necesitamos ahora algún otro testimonio de que el hombre, el hombre caído, es todo un pedazo de barro estropeado?

Pero esto no es todo, tenemos aún más pruebas para llamar; porque la ceguera de nuestros entendimientos, la perversidad de nuestra voluntad, la rebeldía de nuestros afectos, la corrupción de nuestras conciencias, la depravación de nuestra razón, prueban esta acusación; ¿Y la estructura y constitución desordenadas de nuestros cuerpos no confirman lo mismo? Sin duda, a este respecto, el hombre, en el sentido más literal de la palabra, es un trozo de barro estropeado, porque Dios lo hizo originalmente del "polvo de la tierra". De modo que, a pesar de nuestra jactancia de nuestros altos pedigríes y descendencia diferente, todos estábamos originalmente en un mismo nivel, y un poco de tierra roja era el sustrato común del que todos estábamos formados.

De hecho, era arcilla, pero arcilla maravillosamente modificada, incluso por las manos inmediatas del Creador del cielo y la tierra. Por lo tanto, se ha observado que se dice, "Dios edificó al hombre"; no lo formó precipitadamente ni apresuradamente, sino que lo construyó y terminó de acuerdo con el plan antes establecido en su propia mente eterna. Y aunque, como el gran Dios no tiene cuerpo, partes ni pasiones, no podemos suponer que cuando se dice "Dios hizo al hombre a su imagen", tenga alguna referencia a su cuerpo, no puedo dejar de pensar (con el doctor South) que como el Logos eterno iba a aparecer más adelante, Dios manifestado en la carne, indudablemente se ejerció una sabiduría infinita al formar un cofre en el cual una perla tan invaluable iba a ser depositada en la plenitud del tiempo. Se dice que algunos de los antiguos afirmaron que el hombre al principio tenía lo que llamamos una gloria que brillaba a su alrededor; pero sin pretender ser más sabios de lo que está escrito, podemos aventurarnos a afirmar que tenía un cuerpo glorioso, que, no conociendo pecado, no conoció enfermedad ni dolor. Pero ahora, sobre esto, así como sobre otros relatos, puede ser justamente llamado Icabod; porque su fuerza y gloria primitivas han desaparecido tristemente de él, y como las ruinas de un tejido antiguo y majestuoso, sólo que mucho menos para darnos una vaga idea de lo que era cuando apareció por primera vez en su belleza original y perfecta. El apóstol Pablo, por tanto, que sabía llamar a las cosas por su nombre propio, como cualquier hombre viviente, no tiene escrúpulos en llamar al cuerpo humano, aunque en su constitución original hecho terrible y maravillosamente, un "cuerpo vil"; ¡vil de hecho! Dado que está sujeto a enfermedades tan viles, se le da usos tan viles, sí, muy viles, y al final va a llegar a un fin tan vil. "Porque polvo somos, y al polvo debemos volver". Esto, entre otras consideraciones, bien podemos suponer, hizo que el bendito Jesús llorara en la tumba de Lázaro. Lloró, no sólo porque su amigo Lázaro había muerto, sino que lloró al ver la naturaleza humana, por culpa del propio hombre, así puesta en ruinas, al estar sujeta a tal disolución, hecha semejante a las bestias que perecen.

Detengámonos aquí un momento, y con nuestro Señor compasivo, veamos si podemos derramar algunas lágrimas silenciosas al menos, en la misma dolorosa ocasión. ¿Quién, quién hay entre nosotros, que, ante una revisión tan triste de la actual, real y más deplorable depravación del hombre, tanto en cuerpo como en alma, puede abstenerse de llorar sobre tal pedazo de arcilla estropeada? ¿Quién, quién puede dejar de adoptar el lamento del santo David sobre Saúl y Jonatán? "¡Cómo han caído los grandes! ¡Cómo han sido muertos en sus lugares altos!" Originalmente no fue así. No, "Dios hizo al hombre a su propia imagen; a imagen de Dios se hizo el hombre." Nunca hubo tanto expresado en tan pocas palabras. Fue creado según Dios en justicia y verdadera santidad.

Este es el relato que el volumen sagrado nos da de este interesante punto. Este, este es ese libro bendito, ese libro de libros, de donde, junto con una apelación a la experiencia de nuestros propios corazones, y los testimonios de todas las edades pasadas, hemos creído apropiado obtener nuestras pruebas.



Porque, después de todo, debemos estar obligados a la revelación divina, a saber, lo que fuimos, lo que somos y lo que seremos. En éstos, como en un verdadero espejo, podemos ver nuestra verdadera y propia semejanza. Y sólo de estos podemos rastrear la fuente y la fuente de todos esos innumerables males, que como un diluvio han inundado el mundo natural y moral. Si alguien objetara la autenticidad de esta revelación y, en consecuencia, la doctrina que hoy se extrae de allí, en mi opinión, la confirman en gran medida. Porque a menos que un hombre estuviera realmente muy desordenado, en cuanto a su entendimiento, voluntad, afectos, conciencia natural y su poder de razonar, nunca podría negar tal revelación, que se basa en una multiplicidad de evidencias externas infalibles, muchas evidencias internas de un sello divino en cada página, es tan adecuado a las exigencias comunes de toda la humanidad, tan agradable a la experiencia de todos los hombres, y que ha sido tan maravillosamente entregado y preservado para nosotros, ha sido tan instrumental para la convicción, convirtiendo, y consolando a tantos millones de almas, y ha resistido la prueba de los escrutinios más severos y las críticas exactas de los enemigos más sutiles y refinados, así como de los enemigos más maliciosos y perseguidores, que jamás hayan existido, incluso desde el principio de los tiempos hasta este mismo día. Pienso que las personas de tal disposición mental son más dignas de oración que de disputa, si es que se les puede perdonar esta perversa maldad de sus corazones, "Están en la misma hiel de la amargura, y deben tener sus conciencias cauterizadas como con un hierro candente", y deben tener los ojos "cegados por el dios de este mundo", de lo contrario no podrían sino ver, sentir y asentir a la verdad de esta doctrina, del ser del hombre. universalmente depravado; que no sólo en una o dos, sino en una o dos mil, en cada página, casi podría decir, está escrito, en caracteres tan legibles, que puedo leer de corrido. De hecho, la revelación misma se basa en la doctrina de la caída. Si hubiésemos mantenido nuestra integridad original, la ley de Dios todavía habría sido escrita en nuestros corazones, y por lo tanto la falta de una revelación divina, al menos como la nuestra, habría sido superada; pero estando caídos, en lugar de levantarnos en rebelión contra Dios, debemos estar llenos de un agradecimiento inefable a nuestro Creador todopoderoso, quien por unas pocas líneas en sus propios libros nos ha descubierto más que todos los filósofos y los hombres más eruditos en el mundo podrían haberlo descubierto, o lo habrían descubierto, aunque lo hubieran estudiado durante toda la eternidad.

Soy muy consciente de que algunos que pretenden reconocer la validez de la revelación divina son, no obstante, enemigos de la doctrina que ha sido entregada este día; y de buena gana eludiría la fuerza de las pruebas generalmente invocadas en defensa de ella, diciendo que sólo hablan de la corrupción de personas particulares, o tienen referencia sólo al mundo pagano, pero tales personas yerran, sin conocer sus propios corazones, o el poder de Jesucristo, porque por naturaleza no hay diferencia entre judío o gentil, griego o bárbaro, esclavo o libre. Todos juntos somos igualmente abominables a los ojos de Dios, todos igualmente destituidos de la gloria de Dios y, en consecuencia, todos iguales como piezas de barro estropeado.

¿Cómo llegó Dios a permitir que el hombre cayera? ¿Cuánto tiempo permaneció el hombre antes de caer? Y cómo la corrupción contraída por la caída se propaga a cada individuo de su especie son preguntas de una naturaleza tan abstrusa y crítica, que, si me propusiera responderlas, sería solo gratificar una curiosidad pecaminosa y tentarlos, como tentó Satanás severamente a los primeros padres, a comer del fruto prohibido. Responderá mucho mejor al diseño de este discurso actual, que es práctico, para pasar:

2. A lo siguiente propuesto, y señalaros la absoluta necesidad que hay de que la naturaleza de este caído se renueve.

Esto lo he tenido todo el tiempo en mi vista, y debido a esto, he sido deliberadamente tan explícito en el primer encabezado general, porque Arquímedes dijo una vez, "Denme un lugar donde pueda poner mi pie, y moveré el mundo", así que, sin la menor imputación de arrogancia, de la cual, quizás, él era justamente acusado, podemos aventurarnos a decir, que la doctrina anterior es verdadera, y luego negar la necesidad de que el hombre se pueda renovar.

Supongo, puedo darlo por sentado, que todos ustedes entre los cuales ahora estoy predicando el reino de Dios, esperan después de la muerte ir a un lugar que llamamos Cielo. Y el deseo de mi corazón y mi oración a Dios por ustedes es que todos ustedes puedan tener mansiones preparadas para ustedes allí. Pero déjame decirte, si ahora vieras estos cielos abiertos, y el ángel (para usar las palabras del seráfico Hervey vestido con todas sus vestiduras celestiales, con un pie sobre la tierra y otro sobre el mar; aún más, si vieran y escucharan al ángel del pacto sempiterno, Jesucristo mismo, proclamando "el tiempo no será más", y dándoles a todos una invitación para que vengan inmediatamente al cielo, el cielo no sería un cielo para ustedes, sino que sería un infierno para vuestras almas, a menos que estéis preparados primero para un disfrute apropiado de Él aquí en la tierra. "Porque ¿qué comunión tiene la luz con ¿oscuridad?" ¿O qué compañerismo podrían mantener los hijos de Belial no renovados con el Jesús puro e inmaculado?

La mayoría de la gente se forma extrañas ideas del cielo. Y debido a que las Escrituras, en condescendencia con la debilidad de nuestras capacidades, la describen con imágenes tomadas de los placeres terrenales y la grandeza humana, por lo tanto, son propensos a no llevar sus pensamientos más alto, y en el mejor de los casos solo forman para sí mismos una especie de paraíso mahometano. ¡Pero permítanme decirles, y Dios quiera que penetre profundamente en sus corazones! El cielo es más un estado que un lugar; y, en consecuencia, a menos que estés previamente dispuesto por un estado de ánimo adecuado, no podrías ser feliz ni siquiera en el cielo mismo. ¿Qué es la gracia sino la gloria militante? ¿Qué es la gloria sino la gracia triunfante? Esta consideración hizo decir a un piadoso autor que "santidad, felicidad y cielo, eran sólo tres palabras diferentes para una misma cosa".

Y esto hizo que el gran Preston, cuando estaba a punto de morir, se dirigiera a sus amigos y les dijera, "Estoy cambiando de lugar, pero no de empresa". Había conversado con Dios y con los hombres buenos de la tierra; iba a mantener la misma e infinitamente más refinada comunión con Dios, sus santos ángeles y los espíritus de los justos hechos perfectos, en el cielo.

Para hacernos aptos para ser partícipes dichosos de tal compañía celestial, este "barro estropeado", quiero decir, estas depravadas naturalezas nuestras, deben necesariamente sufrir un cambio moral universal; nuestros entendimientos deben ser iluminados; nuestras voluntades, razón y conciencias, deben ser renovadas; nuestros afectos deben ser atraídos y fijados en las cosas de arriba; y debido a que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de los cielos, esto corruptible debe vestirse de incorrupción, esto mortal debe vestirse de inmortalidad. Y así, las cosas viejas deben literalmente pasar, y he aquí que todas las cosas, incluso el cuerpo, así como las facultades del alma, deben volverse nuevas.

Este cambio moral es lo que algunos llaman arrepentimiento, otros conversión, otros regeneración; elige el nombre que desees, solo pido a Dios, que todos tengamos esto. Las Escrituras lo llaman santidad, santificación, la nueva criatura, y nuestro Señor lo llama "Nuevo nacimiento, o nacer de nuevo, o nacer de lo alto". No se trata apenas de expresiones figurativas, ni de vuelos del lenguaje oriental, ni denotan apenas un relativo cambio de estado conferido a todos los que son admitidos en la iglesia de Cristo por el bautismo; sino que denotan un cambio moral real de corazón y vida, una participación real de la vida divina en el alma del hombre. Algunos, de hecho, se contentan con una interpretación figurativa; pero a menos que se les haga experimentar su poder y eficacia, mediante una sólida experiencia viva en sus propias almas, todo su saber, toda su laboriosa crítica, no los eximirá de una verdadera condenación. Cristo lo ha dicho, y Cristo permanecerá, "A menos que un hombre", instruido o ignorante, alto o bajo, aunque sea un maestro de Israel como lo fue Nicodemo, a menos que "nazca de nuevo, no puede ver, no puede entrar en el reino de Dios."

Si se pregunta, ¿quién será el alfarero? ¿Y por medio de quién se va a transformar este barro estropeado en otra vasija? O, en otras palabras, si se pregunta, ¿cómo se efectuará este gran y poderoso cambio? Respondo, no por el mero golpe y la fuerza de la presión moral [persuasión]. Esto es bueno en su lugar. Y estoy tan lejos de pensar que los predicadores cristianos no deberían hacer uso de argumentos y motivos racionales en sus sermones, que no puedo pensar que sean aptos para predicar en absoluto, quienes no pueden o no quieren usarlos. Tenemos el ejemplo del gran Dios mismo para tal práctica, "Ven (dice) y razonemos juntos". Y San Pablo, ese príncipe de los predicadores, "pero al disertar Pablo acerca de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero". Y es notable, "que mientras discutía estas cosas, Félix se espantó".

Tampoco son menos necesarias las líneas más persuasivas de la santa retórica para un escriba ya instruido en el reino de Dios. Las Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, abundan en todas partes. ¿Y cuándo pueden emplearse mejor, y producido, que cuando estamos actuando como embajadores del cielo, y suplicando a los pobres pecadores, como en el lugar de Cristo, para ser reconciliados con Dios? Todo esto lo concedemos fácilmente. Pero al mismo tiempo, preferiría ir al cementerio e intentar resucitar los cadáveres, con un "salgan", que predicar a las almas muertas, si no esperara algún poder superior para hacer que la palabra sea eficaz para el fin diseñado. Sólo debo ser como un metal que resuena para cualquier propósito de salvación, o como un címbalo que retiñe. Este cambio tampoco debe ser forjado por el poder de nuestro propio libre albedrío. Este es un ídolo levantado en todas partes, pero no nos atrevemos a postrarnos y adorarlo. "Ninguno (dice Cristo) puede venir a mí, a menos que el Padre lo atraiga". Nuestro propio libre albedrío, si se mejora, puede impedirnos cometer muchos males y ponernos en el camino de la conversión; pero, después de ejercer nuestros máximos esfuerzos (y estamos obligados por el deber de ejercerlos) encontraremos que las palabras de nuestro propio artículo de la iglesia son ciertas, que "el hombre desde la caída no tiene poder para volverse a Dios". No, tanto podríamos intentar detener el flujo y reflujo de la marea, y calmar el mar más tempestuoso, como imaginar que podemos someter, o subyugar las normas apropiadas, nuestras propias voluntades y afectos rebeldes por cualquier fuerza inherente a nosotros mismos.

Y, por tanto, para que no os tenga más en suspenso, os hago saber que este alfarero celestial, este bendito agente, es el Omnipotente Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, la tercera persona en la muy adorada Trinidad, coesencial con el Padre y el Hijo. Este es ese Espíritu, que al principio de los tiempos se movía sobre la faz de las aguas, cuando la naturaleza yacía en un caos universal. Este fue el Espíritu que cubrió a la Virgen Santa, antes de que esa cosa santa naciera de ella, y este mismo Espíritu debe venir y moverse sobre el caos de nuestras almas, antes de que podamos ser llamados propiamente hijos de Dios. Esto es lo que Juan el Bautista llama "ser bautizados con el Espíritu Santo", sin el cual, su bautismo y todos los demás, ya sean de niños o de adultos, no sirven de nada. Este es ese fuego que nuestro Señor vino a enviar a nuestros corazones terrenales, y que ruego al Señor de todos los señores que encienda en todos los que no han sido renovados este día.

En cuanto a las operaciones extraordinarias del Espíritu Santo, tales como obrar milagros o hablar en diversos géneros de lenguas, han cesado hace mucho tiempo. Pero en cuanto a este milagro de milagros, que vuelve el alma a Dios por las operaciones más ordinarias del Espíritu Santo, esto aún permanece, y permanecerá hasta que el tiempo mismo no sea más. Porque él es el que nos santifica a nosotros, y a todo el pueblo elegido de Dios. Por este motivo, se dice que los verdaderos creyentes son "nacidos de lo alto, no nacidos de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios".

Su segunda creación, así como la primera, es verdadera y puramente divina. Por lo tanto, se le llama "una creación"; "sino vestíos (dice el apóstol) del nuevo hombre que ha sido creado" ¿y cómo? Así como lo fue el primer hombre, "según Dios en la justicia y santidad de la verdad".

Estas son las preciosas verdades, de las cuales un mundo burlón de buena gana se reuniría o nos ridiculizaría. Para producir este glorioso cambio, esta nueva creación, el glorioso Jesús salió del seno de su Padre. Por esto llevó una vida perseguida; por esto murió una muerte ignominiosa y maldita; por esto resucitó; y por esto ahora está sentado a la diestra de su Padre. Todos los preceptos de Su evangelio, todas Sus ordenanzas, todas Sus providencias, sean de naturaleza aflictiva o próspera, toda la revelación divina desde el principio hasta el fin, todo se centra en estos dos puntos, para mostrarnos cómo estamos caídos, y para comenzar, temprano, y completar un cambio glorioso y bendito en nuestras almas. Este es un final digno de la venida de un personaje tan divino. Librar a una multitud de almas de toda nación, lenguaje y lengua, de tantos males morales, y restituir las en una condición incomparablemente más excelente que aquella de la que cayeron, es un fin digno del derramamiento de tan preciosa sangre. ¿Qué sistema de religión hay ahora, o que alguna vez se exhibió al mundo, que de alguna manera sea comparado con esto? ¿Puede el esquema deísta pretender en algún grado estar a la altura? ¿No es noble, racional y verdaderamente divino? ¿Y por qué, entonces, todos los que hasta ahora son extraños a esta bendita restauración de sus naturalezas caídas (porque mi corazón está demasiado lleno para abstenerse más de una aplicación) por qué disputarán o se opondrán más a ella? ¿Por qué no traeréis más bien vuestro barro a este Alfarero celestial, y decid desde lo más profundo de vuestras almas, "Conviértenos, oh buen Señor, y así seremos convertidos?" Esto, podéis hacerlo, y si vais tan lejos, ¿quién sabe si en este mismo día, sí, en esta misma hora, el Alfarero celestial os tomará de la mano y os hará vasos de honor aptos para el uso del Redentor? Otros que en otro tiempo estaban tan lejos del reino de Dios como vosotros, han sido partícipes de esta bienaventuranza. ¡Qué criatura tan miserable era María Magdalena! Y, sin embargo, de ella Jesucristo echó siete demonios. Es más, él se le apareció a ella primero, después de resucitar de entre los muertos, y ella se convirtió en una especie de apóstol para los mismos apóstoles. ¿Qué criatura codiciosa era Zaqueo? Era un publicano tramposo que se quejaba; y, sin embargo, tal vez, en un cuarto de hora, su corazón se ensancha y está completamente dispuesto a dar la mitad de sus bienes para alimentar a los pobres. Y sin mencionar más, qué persona tan cruel era Pablo. Era perseguidor, blasfemo, injurioso; uno que respiraba amenazas contra los discípulos del Señor, y hacía estragos en la iglesia de Cristo. Y, sin embargo, ¿qué giro tan maravilloso encontró cuando viajaba a Damasco? De perseguidor, se convirtió en predicador; después fue hecho padre espiritual de miles, y ahora probablemente se sienta más cerca del Señor Jesucristo en gloria. ¿Y por qué todo esto? Para que él sea un ejemplo para los que deben creer en adelante.

Oh, entonces cree, arrepíentete; os lo ruego, creed en el evangelio. De hecho, son buenas noticias, incluso noticias de gran alegría. Entonces ya no tendréis nada que decir contra la doctrina del Pecado Original; o acusar neciamente al Todopoderoso, por permitir que nuestros primeros padres fueran persuadidos a comer tales uvas agrias, y permitiendo así que los dientes de sus hijos tuvieran la dentera. Entonces ya no clamaréis más contra la doctrina del Nuevo Nacimiento con entusiasmo, ni señalareis a los afirmadores de tan benditas verdades con los oprobiosos nombres de necios y locos. Habiendo sentido, entonces creerás; habiendo creído, por tanto, hablaréis; y en lugar de ser vasos de ira, y volverse más y más duros en el fuego del infierno, como vasos en el horno de alfarero, seréis vasos de honra, y seréis presentados en el gran día por Jesús, a su Padre celestial, y seréis trasladados a vivir con él como monumentos de gracia rica, libre, distinguida y soberana, por los siglos de los siglos.

Vosotros, que en algún grado habéis experimentado la influencia vivificadora (porque no debo concluir sin decir una o dos palabras a los hijos de Dios), sabéis cómo compadeceros, y, por tanto, os suplico que oréis también por aquellos a cuyas circunstancias se dirige este discurso y para quienes está peculiarmente adaptado. Pero, ¿te contentarás con orar por ellos? ¿No verán razón para orar también por ustedes mismos? Sí, sin duda, también para vosotros. En cuanto a vosotros, y sólo vosotros sabéis cuánto os falta todavía en la fe, y cuán lejos estáis de ser partícipes en el grado que deseáis ser, de toda la mente que hubo en Cristo Jesús. Tú sabes qué cuerpo de pecado y muerte llevas contigo, y que necesariamente debes esperar muchos giros de la providencia y la gracia de Dios, antes de ser completamente liberado de él. Pero gracias a Dios, estamos en buenas manos. El que ha sido el autor, será también el consumidor de nuestra fe. Todavía un poco de tiempo, y nosotros como él diremos, "Consumado es"; inclinaremos nuestras cabezas y entregaremos el espíritu. Hasta entonces, (porque a ti, oh Señor, dirigimos ahora nuestra oración) ayúdanos, oh Padre Todopoderoso, con paciencia a poseer nuestras almas. He aquí, nosotros somos el barro, y tú eres el Alfarero. No diga la cosa formada al que la formó, cualesquiera que sean las dispensaciones de tu Voluntad futura con respecto a nosotros, ¿Por qué nos tratas así? He aquí, nos ponemos como piezas en blanco en tus manos, trátanos como bien te parezca, solamente que toda cruz, toda aflicción, toda tentación, sean anulados para estampar tu bendita imagen en caracteres más vivos en nuestros corazones; para que así pasando de gloria en gloria, por las poderosas operaciones del bendito Espíritu, seamos cada vez más aptos, y finalmente seamos trasladados a un pleno, perfecto, interminable e ininterrumpido disfrute de la gloria en el más allá, contigo oh Padre, tú oh Hijo, y tú oh Espíritu bendito; a quien, tres personas pero un solo Dios, se atribuye, como es más debido, todo honor, poder, fuerza, majestad y dominio, ahora y por toda la eternidad. Amén y Amén.